

TEXTOS DOCTRINALES

# EL HOMBRE-DIOS

## TRATADO DE LAS DOS NATURALEZAS

*Trata de las dos naturalezas divina y humana reunidas indivisiblemente para la eternidad y que se constituirán en un solo y único ser en la persona de Jesús-Cristo, Dios y Hombre, Redentor de los hombres, Soberano Juez de vivos y muertos, acompañado de reflexiones sobre la conducta de Pilatos y de una meditación sobre el gran misterio de la Cruz.*

**Jean-Baptiste Willermoz**



### DE LA PRESENTE TRADUCCIÓN:

1. Esta traducción ha sido realizada partiendo del manuscrito original de Jean-Baptiste Willermoz que se encuentra en la biblioteca municipal de Lyon: Fondo Willermoz, ms 5940 n 5.
2. Se ha modernizado la ortografía así como la puntuación del texto.
3. El texto de Jean-Baptiste Willermoz era un texto continuo. Para facilitar el trabajo al lector, se ha dividido el texto en veintidós capítulos.
4. © de la traducción: G.E.I.M.M.E. 2004.  
Publicado por Manakel, Madrid 2004. ISBN: 84-96079-87-2. Depósito legal: SE-1027-2005 en España.

-1-

## De la infidelidad del hombre primitivo

Vimos, en los primeros desarrollos de la Doctrina, que el hombre primitivo había sido investido de un gran poder que le hacía superior a todos los agentes espirituales que habían sido colocados con él en el espacio creado, para manifestar bajo su dirección su acción particular temporal; que él había sido establecido, principalmente, como el dominador de los espíritus perversos que allí estaban retenidos en privación; que había sido situado en el centro de las cuatro regiones celestes del universo creado, para ejercer su poderosa acción universal, y que desde allí podía ser un verdadero intelecto del bien para los espíritus perversos transmitiéndoles algunos conceptos de ese bien del cual estaban eternamente separados.

Pero este infeliz hombre con tan gran poder, fuertemente prevenido contra los ataques y los trucos de su enemigo, tan superior a todo lo que existía con él en el recinto universal y que no tenía sobre él más que a su creador, se equivocó, fue seducido, caído en desdicha, y condenado a la muerte como aquellos por los que había sido amenazado. ¿Que ser con suficiente poder y suficientemente puro podía relevarlo de su estado, que no fuese Dios mismo? Pero esta imagen desfigurada de su Creador había atacado su unidad y su poder. ¡Este inicuo delegado, este representante infiel de su Dios, se unió, se alió con su enemigo para traicionar los más queridos intereses de los que él había sido encargado! Abusó terriblemente de todos los dones, de todos los poderes que había recibido, y por un exceso inaudito de ingratitud, ultrajó insolentemente su amor y su ternura. Se precisa por lo tanto una gran víctima para satisfacer la Justicia divina, ya que si la Misericordia de Dios es infinita y sin límite, su Justicia lo es también, y no puede ser interrumpida más que por una reparación proporcional a la ofensa. Era necesaria una víctima pura y sin mancha, de la propia naturaleza humana del prevaricador, y puesto que era el hombre el que, por su crimen, había hecho entrar la muerte en el mundo, era necesario que esta santa víctima se sacrificase voluntariamente a la muerte, una muerte injusta, violenta e ignominiosa que pudiera reparar tal ofensa. Era necesario finalmente que el Justo, por su sacrificio voluntario, quedara vencedor de la muerte del pecado, afín de que lo que la Justicia divina había pronunciado, el fin irrevocable contra la raza del prevaricador, no fuera ya más que un sueño y un paso de la vida temporal a la vida eterna para todos los que, a su ejemplo, abandonando durante la duración de su expiación individual su libre albedrío, su voluntad propia a la única voluntad de Dios, merecieran recoger los frutos.

Un Segundo Adán, emanado del seno de Dios en toda su pureza y santidad, se sacrificó y se ofreció como víctima a la Justicia divina por la salud

-2-

de sus hermanos, su ofrecimiento fue aceptado por la Misericordia. Inmediatamente la Sabiduría increada, el Verbo de Dios, que es Dios, el hijo único, imagen y esplendor del Padre Todopoderoso, se sacrificó para unirse íntimamente y para la eternidad con la inteligencia humana del nuevo Adán, para fortificarlo en su sacrificio, para completar su triunfo, y hacerle, por una resurrección gloriosa, verdadero vencedor de la muerte.

-2-

### **De la unión misteriosa de las dos naturalezas**

Es por la unión incomprensible de la naturaleza divina a la naturaleza humana, obra del amor infinito de Dios para con los hombres, que se realiza la gran obra de la Redención del género humano y el establecimiento de la santa religión que le enseñara a conocer el verdadero culto a rendir a su Creador, el único que a él le puede agradar. Religión que no podía haber sido fundada firmemente más que por la revelación de un Dios encarnado, hablando familiarmente a los hombres, y que les probaría en todo momento y durante la duración de su misión temporal, su Divinidad, la verdad de sus dogmas, la pureza y la excelencia de su moral a través de los milagros más brillantes de todos los tiempos. He aquí los dos grandes objetivos que, en las intenciones del Amor y de la Misericordia de Dios para los hombres degradados y corrompidos, hicieron necesaria la unión de las dos naturalezas en la persona de Jesús-Cristo.

Esta unión íntima, absoluta, convertida en unión eternamente inseparable del Verbo creador de todos los seres con una pura criatura humana, para poder instruirle públicamente, sufrir y morir en ella, es un acto del Amor de Dios para con los hombres tan extraordinario, tan inconcebible y tan por encima de todo entendimiento humano, que de todos los actos revelados a la fe cristiana, es el que ha sido en todos los tiempos y es todavía el más impugnado. Los contemporáneos de Jesús-Cristo, aunque testigos cotidianos de la multitud de brillantes milagros que realizaba ante ellos, solo vieron en él al hombre y negaban su Divinidad. Sus discípulos, sus apóstoles, aunque informados por él y testigos de los mismos prodigios, no le creyeron más que débilmente, hasta que tres días después de su muerte, estando convencidos de la verdad de su resurrección que les había vaticinado, y escuchando sus instrucciones durante cuarenta días, lo vieron subir divinamente al cielo, en su humanidad glorificada.

-3-

### **De la necesidad de la encarnación divina**

¿Es necesario entonces asombrarse, si el hombre actual, que no admite otro testimonio que el de sus sentidos físicos y materiales, niega todavía para su desdicha esta gran verdad? Hay muchos cuya inteligencia está menos cerrada

-3-

que lo niegan también o que solo lo reconocen, muy débilmente, y más por el sentimiento del deber que la instrucción les sugiere que por la persuasión, porque solo sienten todavía la necesidad de una intervención directa y personal de la Divinidad en el acto de la expiación satisfactoria que el hombre debe a la Justicia divina. Viendo en Dios y en el hombre, caído de su estado glorioso, los dos puntos extremos del orden espiritual, ellos imaginan en las clases angélicas los agentes espirituales intermedios suficientemente puros y poderosos para acercar al hombre a Dios, sin que sea necesario que Dios se someta a la encarnación. La duda y el error de ellos solo procede de la ignorancia en la cual están generalmente sumidos los hombres desde hace tiempo sobre la causa ocasional de la creación del universo, sobre las intenciones de Dios en la emanación y la emancipación del hombre, sobre su alto destino en el centro de las especies, y finalmente sobre los grandes privilegios, el gran poder y la gran superioridad que se le dio sobre los todos seres buenos y malos que se encontraban con él. Todas estas cosas eran perfectamente conocidas por los dirigentes de la Iglesia cristiana, por aquellos a los que les estaba reservado el conocimiento casi exclusivamente, durante los cinco o seis primeros siglos del cristianismo. Mejor instruidos sobre estos puntos importantes, no llegaron a la conclusión de que para rehabilitar a un ser tan grande, tan poderoso, era necesario a Dios mismo. Hay otros también que, reconociendo la necesidad de una gran y santa víctima que se entregase voluntariamente al sufrimiento y a la muerte para satisfacer la Justicia divina, pero reconociendo al mismo tiempo que Dios es impasible en todo su ser, y que la reparación del crimen solo podía ser meritoria si era realizada por un ser de la misma y propia naturaleza del que la había cometido, negaron la Divinidad del Redentor.

-4-

### **De la muerte de Dios sobre la Cruz**

Sí, sin duda, Dios es impasible, y nada en la naturaleza divina puede sufrir ni morir; sería una gran blasfemia atreverse a decir lo contrario. Esta es la razón por la que los oradores cristianos se entregan en el púlpito de la verdad a un celo excesivo, a expresiones impropias que les parece dar más energía a sus pensamientos, exclamando a menudo: "Dios murió por los hombres", faltan a su objetivo esencial, ya que no deben esperar convencer a sus oyentes cuando pretenden hacerles creer lo imposible. Porque en Jesús-Cristo, que reúne en su persona y de una manera eternamente inseparable, la naturaleza divina y la naturaleza humana en su más alto grado de perfección, el hombre puro solo sufre y muere; y con su inteligencia humana, cuando ella abandona su cuerpo, afluye la esencia divina que le está indivisiblemente unida. El Poder del Verbo de Dios que reside en toda su plenitud en su santa humanidad vela por ella, la sostiene en sus luchas frecuentes y mortales, multiplica sus fuerzas, fortalece su voluntad, su sumisión, su perfecta resignación hasta la consumación de su sacrificio expiatorio, y le asegura el triunfo sobre todos los poderes del infierno

desencadenados contra él, dándole todos los honores de la victoria; y como recompensa del buen uso que hizo de sus propios medios y del poder que se le dio, lo resucitó de la tumba, lo glorificó, lo divinizó, lo subió a lo alto de los cielos y le hizo sentarse con él sobre uno de los tronos eternos, y donde confundiéndose, por así decir con él, le establece como Soberano Juez de los vivos y de los muertos, y como el Dios eternamente visible a los ángeles y a los hombres santificados que él reconoce como sus hermanos.

-5-

### **De la imitación de Jesús-Cristo**

Las dos naturalezas que reconocemos en la persona del divino Reparador universal están tan realmente unidas, y aparentemente tan fundidas, que parecen habitualmente operar simultáneamente. Tienen sin embargo cada una su acción propia y diferenciada, que, en muchos casos, actúan separadamente. Es por lo tanto muy importante para el verdadero cristiano, que cuando se le propone una de ellas como ejemplo, no confundirlas y aprender siempre a discernirlas. Este examen no puede sino reafirmar la fe de los creyentes, y puede ser especialmente útil a ese gran número de cristianos liberados y despreocupados que, para hacer disculpar su indolencia, no cesan de repetir: "No es posible para el hombre imitar la conducta siempre sabia e irreprochable de un Dios". No, sin duda, no es posible para un hombre tan débil ser tan perfecto, pero por muy débil que sea, puede esforzarse en imitar, tanto como le sea posible, al hombre puro, unido a Dios, que Dios mismo le propone como modelo.

-6-

### **De la unión del Verbo a Jesús**

El divino Reconciliador de los hombres, el Deseado de las naciones, el Mesías prometido a la fe de Abraham padre de todos los creyentes, vaticinado por Jacob a sus hijos cuando moría, y tan claramente anunciado por un gran número de profetas que se sucedieron los unos a los otros durante una larga secuencia de siglos como debiendo nacer de una virgen de la raza de Abraham y de la familia del rey David, aparece finalmente sobre la Tierra al final del cuarto milenio del mundo, en el tiempo determinado por la Sabiduría increada para la realización de los grandes deseos de su divina Misericordia.

El arcángel Gabriel es enviado por Dios a la Virgen María en la pequeña ciudad de Nazaret, para anunciarle la gloriosa maternidad por la cual ella está destinada a cooperar en la gran Obra de la Redención de los hombres. La aparición súbita del ángel turba el alma de esta virgen tan pura; su pudor se alarma por la maternidad que le es anunciada, declarando no conocer a ningún

-5-

hombre. Ella solo da su consentimiento cuando después de haber sido completamente tranquilizada sobre los medios, el ángel le declara que su maternidad sería la obra de Dios mismo por el intermedio del Espíritu Santo, y que su virginidad seguiría estando intacta.

En el instante mismo de su consentimiento comienza la realización el gran Misterio; ya que ese mismo momento el Verbo de Dios, que es Dios mismo, la segunda Persona y el poder de la Santa Trinidad, presionado por su ardiente amor por las criaturas humanas se une indisolublemente y para toda la eternidad al alma humana, pura y santa de Jesús, que, por amor para sus hermanos, y para reconciliarlos con Dios al satisfacer para ellos la Justicia divina, se sacrificó a la ignominia, a los sufrimientos y la muerte.

El Verbo todopoderoso de Dios, a imagen y esplendor del Padre eterno desciende de los cielos para venir a incorporarse con el alma humana de Jesús en el casto seno de la bienaventurada Virgen María, para ser eternamente una sola y única Persona con dos naturalezas distintas. Es en el momento de su consentimiento que el hombre-dios se forma corporalmente en el seno virginal de María, de su pura sustancia, de ese puro limo quintaesencia de la tierra virgen de su madre. Él se forma allí y se compone, al igual que los otros hombres que vienen para un tiempo sobre la Tierra, de una triple sustancia, es decir de un espíritu puro, inteligente e inmortal, de una alma pasiva en la vida pasajera, y de un cuerpo de materia, pero de materia pura y no manchada que no procede, como en todos los demás hombres, de la concupiscencia de los sentidos, por el intermedio únicamente del Espíritu Santo, sin la ayuda de ningún hombre, ni de ningún agente físico de la materia. Es por este prodigio del amor infinito de Dios para su criatura amada y seducida, que ha quedado por su crimen para siempre esclava y víctima del Demonio, que se realizó el inefable e incomprensible misterio de la encarnación divina para la redención de los hombres, por Jesús-Cristo nuestro único Señor y Maestro, que quiso, para garantizar el efecto, reunir en él por una unión indisoluble la naturaleza humana del prevaricador y su propia naturaleza divina.

-7-

### **De la naturaleza cuaternaria de Jesús-Cristo**

Hemos reconocido que el animal en bruto es un compuesto binario de un alma, vida pasiva y pasajera, y de un cuerpo de materia que desaparece completamente después del tiempo que le estaba prescrito; que el hombre es, durante su estancia pasajera sobre la Tierra un compuesto ternario: compuesto de las dos sustancias pasajeras que acabamos de citar que lo constituyen como un animal en bruto, y de un espíritu inteligente e inmortal por el cual es realmente imagen y semejanza divina. Pero en Jesús-Cristo hombre-Dios y divino se encuentra durante su vida temporal sobre la Tierra un conjunto

cuaternario que lo distingue eminentemente de todas las criaturas, es decir: las tres sustancias que acabamos de mencionar en el hombre temporal, más el Ser mismo de Dios que se unió para la eternidad al ser inteligente e inmortal del hombre, para formar un ser único y una única Persona con dos naturalezas.

Él, que por esta unión tan gloriosa, podía nacer a su elección en la familia más opulenta, en el seno de los poderosos, sobre el trono más brillante, prefirió nacer en un establo, en una familia desconocida y pobre, con una profesión abyecta, más expuesto a los menosprecios y a las humillaciones que acompañan generalmente a la indigencia. Es bien evidente por todo esto, que desde su venida al mundo quiso ser el modelo y la consolación de los pobres, que quiso al mismo tiempo inspirar el menosprecio por las riquezas y hacer sentir a los que las poseían los grandes peligros a los que se exponen todos los que no hicieran el uso prescrito por su moral y por sus preceptos.

-8-

### **De los Nombres otorgados al Mesías**

Veamos ahora en los santos Evangelios que hablan del divino Mesías, si Él se presenta a los hombres cómo los Evangelistas lo denominan y lo califican, y cómo se califica a sí mismo. Nosotros encontramos, a partir de nuevos informes, un nuevo fondo de instrucciones con la confirmación de lo que dijimos anteriormente sobre este tema tan importante. Nosotros lo venimos denominando como *Jesús* o *el hijo del hombre*; como *Dios-hombre* u *hombre-Dios*, y finalmente como *el Hijo de Dios* o *Jesús-Cristo*.

Estas distintas denominaciones que están aplicadas al mismo ser pueden parecer a primera vista casi sinónimos, pero sin embargo no lo son, ya que presentan sentidos diferentes que es necesario no confundir, puesto que son relativos a las dos naturalezas distintas que se encuentran unidas en un único y mismo ser. Un examen reflexivo de sus acciones durante su vida temporal demuestra esta verdad.

En efecto, vemos en Jesús al hombre puro y santo que tiene un sublime destino, prescindiendo de la Divinidad que reside en Él, pero que no está todavía manifestada. En el hijo del hombre vemos la misma naturaleza humana. Él se califica así porque quiere ocultar a los Judíos y a los Demonios su Divinidad, presentándose a ellos como un descendiente de Adán, padre común de todos los hombres, y manifiesta no ser más que el hijo de José hasta que el gran misterio de la encarnación sea revelado a los hombres. En el hombre-Dios, es el hombre puro y santo, en el que la acción parece prevalecer sobre la de la Divinidad que se vela en Él. En el Dios-hombre es lo contrario, la acción divina es la que se muestra predominante sobre la del hombre. En el Hijo de Dios, esta es la cualidad esencial que el arcángel anunció a María, su encarnación, es la Divinidad que se manifiesta con todo resplandor por medio

-7-

de su santa humanidad. Finalmente en Jesús-Cristo, es el hombre-Dios y divino, son las dos naturalezas unidas en un sólo y mismo ser que operan juntas bajo una forma humana, las acciones reunidas que pertenecen a cada una ellas.

En general Jesús, desde su nacimiento hasta el bautismo en el Jordán, en la tentación del Demonio que él sufre en el desierto, en su agonía en el Jardín de los Olivos, en todo el curso de su Pasión sobre la Cruz, solo representa al hombre puro, santo y perfecto, enteramente sacrificado a la Justicia divina y abandonado a el mismo, a su libre albedrío. La Divinidad que reside esencialmente en Él aparece y suspende su acción para dejar a su santa humanidad todo el honor de la victoria reparadora, sin separarse de Él un solo momento.

Se sitúa como espectador del gran combate, y lo sostiene durante toda su duración con su presencia. Es ahí donde el hombre-Dios, así abandonado, es realmente el modelo realizado de todos los hombres.

Pero cuando Jesús-Cristo comienza su misión, al ruego de su madre que está presente con él en el festín de las Bodas de Canaan, transforma el agua por vino; en el desierto y sobre las montañas multiplica algunos panes y algunos peces en una cantidad suficiente para alimentar entre 4000 y 5000 hombres extenuados de hambre y que lo que queda en pedazos recogidos después de haberlos satisfecho a todos, da para llenar más cestas de las que tenían antes de la distribución; cuando Él fuerza a los demonios a obedecer sus órdenes y abandonar inmediatamente los cuerpos de los pecadores que estaban poseídos; cuando ordena como dueño y Señor al mar, a los vientos y a la tempestad que se calmen, y le obedecen; cuando hace llevarle en su cama a la paralítica, que, desde hace 38 años, esperaba vanamente cerca de la piscina la ayuda del ángel y su curación; cuando le revela el fondo de los pensamientos más secretos a la mujer de Samaria y de mucho otros; cuando resucita al hijo de Jairo, el único hijo de la viuda de Naim que estaba enterrado, y más particularmente todavía Lázaro, este hermano amado de Marta y María, a quien Jesús amaba, que, desde hacía cuatro días, estaba enterrado en el sepulcro y cuya carne corrompida ya extendía una gran infección, y que, sin embargo, a su orden, salió del sepulcro y caminó delante de todas las personas, con las piernas y las demás partes del cuerpo embalsamadas con tiras de tela; cuando se le ve realizar todas estas cosas y una multitud de otras tan extraordinarios, ¿quién podría dudar que es el Verbo todopoderoso de Dios el que habla y controla toda la naturaleza por la boca del hombre-Dios?

## De la vida temporal de Jesús-Cristo

Habiendo diferenciado en él las dos naturalezas indivisiblemente reunidas en una sola y única persona, percibimos rápidamente las principales circunstancias de su vida temporal; ellas completarán nuestra instrucción.

Jesús niño, adolescente y hasta la edad de 30 años, no parece ser más que un hombre ordinario, distinguido únicamente por una sabiduría por encima de la de su edad, por su docilidad y por su sumisión hacia sus padres. Se somete a todos los trabajos, a todos los cansancios y a todas las necesidades de la vida común.

Alcanzada la edad de los 30 años, momento en el cual debe comenzar públicamente su misión reparadora y la instrucción de sus discípulos, después de haber sido bautizado en el Jordán por Juan que le reconoce y le proclama como el Mesías prometido, su Divinidad se manifiesta por primera vez por la bajada del Espíritu Santo que se viene a posar en él, y por las brillantes palabras del Padre Celestial que lo declara como su hijo bien amado *“en el cual ha depositado todo su afecto y ordena a los hombres que le escuchen”*. Por lo tanto, comienza su misión divina.

Se retira al desierto para prepararse como hombre orando y con un ayuno riguroso durante 40 días. Durante esos 40 días, sufre el hambre, necesidad humana que demuestra claramente que era su pura y única humanidad la que se preparaba así rigurosamente para los actos importantes que debía realizar.

El momento donde se prueba esta necesidad física de su humanidad es el instante mismo en que el Príncipe de los Demonios aprovecha para tentarlo en todo su ser, es decir en las necesidades físicas de su cuerpo, en la vida pasiva y pasajera de ese cuerpo, y en su naturaleza activa y espiritual, para aclarar las sospechas que tiene sobre la verdadera naturaleza de Jesús y asegurarse de si la Divinidad residía o no residía en él, y finalmente si era o no el Mesías prometido; Misterio que la Sabiduría Divina quería ocultar al Demonio, lo que pudo realizarse enteramente.

Es necesario observar aquí cuidadosamente las tres distintas clases de ataques que el Demonio lleva astutamente sobre las tres partes componentes del hombre físico. Primeramente, ataca a Jesús en su forma corporal en relación con sus necesidades, diciéndole sobre la cumbre de la montaña: *“si eres Dios, haz que estas piedras se conviertan en panes”*. La segunda vez, después de esta inútil tentativa, le ataca en su vida pasiva, animal y corporal, diciéndole sobre la cumbre de la montaña: *“si eres el hijo de Dios, tírate abajo, Él hará que no te*

hagas ningún mal". Por tercera vez, después de este segundo ataque el cual él rechaza como el primero, dirige el tercer ataque, que es el más importante, sobre el ser espiritual de Jesús, diciéndole: "Si te postras delante de mí y me adoras, te daré todos los reinos del mundo que estás viendo, y que me pertenecen".

Esta manera de actuar del Demonio es siempre la misma, siendo por su forma corporal que ataca al hombre. Busca seducirlo por los sentidos materiales, por el amor a la vida animal y pasajera, y por su afecto animal y sensible. Son las puertas por las cuales busca introducirse en él para después atacarle con más éxito en su ser espiritual.

El hombre-Dios soporta estos tres ataques por la fuerza de su pura voluntad humana recibiendo en seguida la recompensa puesto que los ángeles vinieron a servirle. Su victoria sobre el Demonio nos recuerda la derrota del hombre primitivo en una situación similar. Jesús, segundo Adán, hizo aquí lo que el primero, dejado a su libre albedrío, debió hacer y no hizo.

Nosotros sufrimos todas las desastrosas consecuencias de la caída del primero, y todos los saludables efectos de la firme voluntad reparadora del segundo.

-10-

### **Del primer y del segundo Adán**

Se había dotado al primer Adán, como imagen y semejanza divina, como representante de la Divinidad en el universo creado; había sido dotado de toda la fuerza, de todas las virtudes y de todos los poderes necesarios para cumplir su misión. El principal objetivo de esta misión era el de luchar contra el principio del mal, de contenerlo en los límites que la Justicia divina había prescrito a su acción perversa, y de estrecharlo tanto en sus límites, que se viera obligado a reconocer su inferioridad y su dependencia original del divino Creador en todo aquello donde él pretendía ser su igual, y de reconocer al mismo tiempo la superioridad del hombre sobre él y sobre todos sus acólitos, lo que habría destruido el Mal por el arrepentimiento de aquel que lo había creado y dado a luz. Es este el gran objetivo de la Misericordia divina sobre los primeros culpables, que la prevaricación de los hombres se destruyese.

El segundo Adán en Jesús-Cristo, como hombre puro que no participó en esa prevaricación, ni en los vicios de la concepción de las formas corporales que infectaron toda su posterioridad, había sido dotado no sólo de las mismas fuerzas, virtudes y poderes que el primero, además estas habían sido eminentemente fortificadas en él por la unión íntima y eterna que el Verbo

divino hizo de su propia naturaleza con la del hombre para garantizar el pleno éxito de su misión reparadora.

**-11-**

### **Del sentido de los milagros de Jesús-Cristo**

No repetiremos aquí el relato de los hechos particulares de la vida pública de Jesús-Cristo, la lectura de los santos Evangelios los hace ser suficientemente conocidos; ellos no dejan ninguna duda sobre su Divinidad, puesto que ella se manifiesta en él en todo momento, por una multitud de milagros muy brillantes.

Debemos sin embargo señalar, que al realizar estos hechos tan extraordinarios que debemos atribuir esencialmente a la Divinidad que reside en él, él quiere hacer saber a sus discípulos que hay un gran poder innato en el hombre reconciliado, por el cual el hombre puede realizar también estos hechos extraordinarios cuando se une Dios por una fe viva. Ya que, viendo a sus Apóstoles sobrecogidos de asombro y admiración a la vista de los brillantes milagros que él realiza, les acusa de falta de fe, y les dice que si ellos tuviesen la fe necesaria, harían los mismos prodigios e incluso mayores; esto no lo podría haber dicho si este poder no fuera innato a la naturaleza del hombre; este poder jamás había sido reconocido en los ángeles al no ser estos más que los Ministros de la Voluntad de Dios en los casos particulares donde Él los utiliza.

**-12-**

### **De la revelación progresiva de Jesús-Cristo**

Se asombra uno leyendo los santos Evangelios al ver los cuidados y las precauciones que toma Jesús para ocultar su Divinidad y no mostrarse más que como el hijo del hombre, y buscamos los motivos.

La encarnación del Verbo de Dios unido a la naturaleza humana y el advenimiento temporal del Mesías, fueron así claramente predichos por el propio Isaac y por muchos otros profetas; los hombres esperaban su realización, pero olvidando que había una víctima sacrificada voluntariamente a una muerte violenta e ignominiosa, por la cual debía operar la reconciliación del género humano. El Demonio no podía ignorar esta promesa, ni las consecuencias humillantes que para su orgullo, debería producir. Él temía esta realización que debía arrancarle tantas víctimas de su furia y preservar a muchos otros. Tenía por lo tanto un gran interés en hacer fracasar la profecía y empeñó todo su poder para que el Cristo fuese muerto; si Jesús, desde el principio, desde el comienzo de su misión, se hubiera declarado públicamente como el hijo de Dios probándolo a todo el mundo, convenciéndolos públicamente por sus milagros de quien era él realmente, ¿cuál hubiese sido el poder humano que se habría

**-11-**

atrevido y habría podido condenarlo a la muerte? Y no muriendo, ¿qué hubiese acontecido entonces de la Redención prometida por su muerte? Era necesario por lo tanto para que muriera, que él fuera un desconocido. Es por esto por lo que el Demonio buscaba aclarar sus dudas, sus sospechas sobre su doble naturaleza, y si lo persiguió, si lo hizo a continuación condenar a una muerte ignominiosa, sólo fue por un menosprecio de su parte, al considerar a Jesús-Cristo como un hombre puro en el que la doctrina, la santidad y el poder de sus acciones humanas, le hacía ser aclamado en masa por sus partidarios.

Pero como la Divinidad de Jesús-Cristo era el dogma fundamental de la santa religión que venía a establecer, y la prueba de la verdad de su doctrina, hizo que el dogma de su Divinidad fuera también declarado y probado por él mismo para producir la convicción de todos aquellos a los que el Padre celestial se lo había proclamado, y que debían ser salvados por la fe en él. Esto también es lo que hizo. Si, al principio de su misión, puso alguna reticencia en los consentimientos que se le demandaban sobre este punto tan importante, era para enseñarnos que la Verdad solo se presenta a las almas puras, y que solo puede entrar en los corazones dispuestos a recibirla. Es por esto por lo que hace preceder la declaración, el consentimiento formal de su divinidad, para la enseñanza de su doctrina que disponía a los espíritus a creerle; y en el momento en el que multiplicó sus discípulos por el gran número de los milagros que él hacía y por el atractivo irresistible que les inspiraba su doctrina, ya no disimula su Divinidad, la declara incluso delante de sus enemigos mortales que aprovechan la ocasión de estas declaraciones para perseguirlo más violentamente, para jurar su perdición y para hacerlo condenar a muerte.

Es por esto que ellos pasan a ser, por su ignorancia y su maldad, los ciegos instrumentos de la realización de los decretos divinos para la redención de los hombres.

**-13-**

### **De la Cena Pascual**

Una vez que acabó el tiempo de la misión temporal de Jesús-Cristo, se prepara para su vuelta hacia su Padre; pero antes, quiere hacer con sus apóstoles esta última Cena pascual que desea con tanto ardor hacer con ellos, y en la que estalla al mismo tiempo la Todopoderosa Divinidad en el amor más inconcebible de Dios para con los hombres. Él quiere, dejándolos, seguir morando en ellos y darse a ellos en las dos naturalezas divina y humana que se unen en él; ya que en el sacramento de su cuerpo y su sangre, se da verdaderamente y enteramente a ellos y a todos los que participaren con fe hasta el fin del mundo.

La verdad de este augusto sacramento fue a menudo, y lo es todavía, violentamente atacada. Es el fruto del orgullo que quiere razonar donde el débil raciocinio humano debe callar, del orgullo que quiere someter a los sentidos físicos materiales lo que solo puede ser conocido por la inteligencia pura iluminada por la fe. Compadezcamos la suerte funesta de los jefes de las sectas cuyo orgullo hizo tanta devastación en el campo de la verdad. Compadezcamos también a aquéllos que adoptaron como maestros de los hombres a los que debían ser tanto más sospechosos que los que no disimulaban el despecho y el orgullo que les dirigían en sus divergencias; ¡pero seamos clementes y roguemos para que los que, permaneciendo de buena fe en el error, conservan la fe y el amor en Jesús-Cristo! Esperemos así mismo que como él mismo dijo, ellos no perecerán, y que el amor y la fe que conservan por él les salvarán.

De todas las sectas cristianas que atacaron la verdad de este sacramento, la más inconsecuente y la más culpable es la que no quiere admitir que la conmemoración de la Santa Cena se basa en las palabras de Jesús-Cristo: *"Haced esto en conmemoración mía"*. Si hubieran aportado un poco de buena fe en el examen de lo que se están temerariamente permitiendo, ellos pronto habrían reconocido que ponían a Jesús-Cristo en una evidente contradicción con él mismo, ya que no niegan que Jesús-Cristo dijo en términos formales: *"Este es mi cuerpo que será entregado por vosotros. Esta es mi sangre que se derramará para el perdón de los pecados: tomad y comed, tomad y bebed todos."* ¿O es que a los apóstoles, que eran los únicos presentes en la Cena, les dieron a comer el verdadero cuerpo y beber la verdadera sangre? Lo que nos dice que esta interpretación está probada. Dijo además: *"Mi carne es verdaderamente una comida, mi sangre es realmente una bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él"*; y sin embargo, si los apóstoles, como únicos asistentes en realidad, pudieron únicamente ellos comer su carne y beber su sangre, y no hay ya para nosotros más que una simple conmemoración de esa realidad, todos los hombres, excepto los apóstoles, deben renunciar a ver jamás a Jesús-Cristo morar en ellos, y a morar en él mediante este banquete real. ¿Es esto concebible? ¿Podría jamás creer alguien de buena fe que él haya querido hacer promesas tan deliberadas, dar a los hombres, con los que quiere vivir hasta el fin de los tiempos, esperanzas tan consoladoras, para equivocarlos en su espera por un imposible que les habría impedido su realización? Además, él dice incluso en otra parte: *"si no comen la carne del hijo del hombre y si no beben su sangre, no tendréis vida en vosotros, ni tendréis parte conmigo"*. He aquí una maldición eterna, formalmente pronunciada contra el que no coma su carne y no beba su sangre.

Es que, este Dios pleno de amor y misericordia por mí, que quiere sufrir y morir en su carne por mí, ¿me entregaría a una condena eterna por no hacer eso que él no me ha dejado ningún medio de hacer?

Esto es algo inconcebible de imaginar. Y sin embargo, si no hubiera establecido entre los sucesores de sus apóstoles, un medio de perpetuar la

consagración real del pan en su cuerpo y del vino en su sangre como hizo él mismo en su presencia, inevitablemente, con esto, estaríamos condenados a la maldición eterna, ya que jamás la conmemoración de un acto tan augusto, tan importante, que sus sectarios substituyen a su modo, no hubiese podido sustituir el banquete real que él expresamente les recomendó. El error de estos hombres orgullosos tiende obviamente a hacer al hombre eternamente infeliz por la injusticia de Dios, que le habría exigido un imposible.

-14-

### **De las tres prosternaciones en el Jardín de los Olivos**

Después de esa cena tan memorable, en la que el Amor y la Omnipotencia divina se manifestaron con tanto resplandor en la persona de Jesús-Cristo, y en la que terminó la instrucción de sus apóstoles con ese discurso tan sublime en el que les revela, lo más claramente que jamás había hecho, su propia divinidad oculta en su humanidad, los sufrimientos, las ignominias y la muerte a la cual iba a ser sometido por la traición de uno de ellos, su resurrección gloriosa tres días más tarde, las grandes esperanzas que ellos debían concebir, y finalmente la perfecta y eterna glorificación de su humanidad; le siguen en el Jardín de los Olivos, le siguen en esa agonía mortal durante la cual hace el total sacrificio reparador de su voluntad humana que debía preceder al sacrificio de su vida misma, por la muerte que él sufrirá al día siguiente.

Es ahí donde vamos a encontrar solo a Jesús, pareciendo abandonado del Cielo y de la Tierra, abandonado de sus discípulos amados a los que acababa de llamar sus amigos, que permanecieron sumidos en una profunda somnolencia cuando tiene la mayor necesidad de su ayuda, del consuelo de su amistad. Cuando él les reclama con una ternura tan conmovedora, al confesarles que su alma está llena de una profunda aflicción y que está abrumada por una tristeza mortal, es ahí donde le vamos a encontrar solo, dejado a su libre albedrío, a la sola voluntad del hombre puro, independiente del ser íntimamente unido al Verbo divino que reside en él, que conforta a su humanidad, pero donde su acción parece suspendida durante el terrible combate que va a librarse, para dejar al hombre-Dios el honor y los frutos del triunfo.

Jesús-Cristo, en este estado prosternado en tierra para rogar a su Padre, se ve la víctima sacrificada, y viene a ofrecerse para consumir este sacrificio; pero su presencia divina muestra a su humanidad de cuántos dolores, humillaciones e ignominias, su muerte debe ser precedida. Su humanidad se aflige, se asusta, y él grita: *“Padre mío, si es posible, haz que esto pase lejos mi”*. He aquí el grito de la repugnancia natural del hombre hacia los sufrimientos y la muerte; pero la sumisión, la resignación del hombre puro retomando rápidamente su misión, le hace gritar de nuevo: *“que sea sin embargo no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres”*. Se levanta para ir hacia sus discípulos que se

encuentran dormidos cerca de él. Viene a prosternarse una segunda vez, abrumado de la misma tristeza, sintiendo la misma repugnancia, haciendo la misma demanda, pero sometiendo su voluntad a la voluntad de Dios. Se vuelve hacia sus discípulos a quienes encuentra en el mismo estado, y volviendo de nuevo a prosternarse por tercera vez, hace el mismo ruego, formula el mismo deseo y se somete con la misma resignación. Sus fuerzas humanas se agotan por tan grandes esfuerzos, un sudor de sangre cubre su cuerpo y fluye hasta el suelo, pero el sacrificio de su voluntad, de esta voluntad tan activa, tan poderosa en el hombre puro es aceptado; y se le envía un ángel para confortarlo, para fortificarlo.

Este descenso del ángel, esta ayuda que le es enviada, ¿no prueba obviamente que, en este terrible combate, era su sola humanidad la que actuaba para soportar la carga, y que el poder divino de Jesús-Cristo estaba en esos momentos separado?

Era necesario así, y esto no podía cambiarse. El hombre primitivo, Adán, habiendo traicionado y derribado por el abuso de su libertad y por el mal uso que había hecho de su voluntad y de todas sus facultades, todos los planes de la Misericordia sobre los primeros culpables, había provocado contra él mismo los rigores de la Justicia divina. Este abuso de su libertad y de su voluntad no podía ser reparado sino por un ser de la misma clase, de la misma naturaleza, por un hombre puro, aceptado como víctima, y donde la perfecta sumisión pudiera aplacar y satisfacer a la Justicia divina. La unión del Verbo divino con este hombre puro que aseguraba el éxito del sacrificio sin disminuir en ningún caso el mérito de la voluntad de la víctima que lo hacía, garantizaba al mismo tiempo el perdón y el indulto del género humano. Así, no dudemos de que en todo lo que pasó en el Jardín de los Olivos, es el hombre solo el que hizo lo que Dios quería de él y se somete. Por si no lo sabemos suficientemente, Dios es impasible, y Él no puede ni sufrir ni morir.

Pero antes de dejar el Jardín de los Olivos, consideremos las circunstancias dignas de la mayor atención para la instrucción del hombre.

El hombre primitivo, el primer Adán, había prevaricado y había consumado su crimen por el abuso de las tres facultades intelectuales de Pensamiento, Voluntad y Acción. Él ultrajó al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo que son conjuntamente un único Dios. Era necesario de un segundo Adán, para que el hombre-Dios reparase estas mismas ofensas por las mismas vías y en las mismas proporciones. Esto es lo que explica por qué el hombre-Dios Reparador hace tres prosternaciones diferentes con las mismas angustias, haciendo el mismo ruego y mostrando siempre la misma resignación, y es también porque el sacrificio de su voluntad solo se acepta después de la tercera, y que es sólo entonces cuando recibe el testimonio del ángel que se le envía para confortarlo y fortalecerlo.

-15-

## De la Pasión

Tan pronto como el hombre-Dios consumó el sacrificio de su voluntad, se reanuda la calma y la serenidad del hombre puro, que tan perfectamente se sometió a la voluntad de Dios. Es con esta calma que va a encontrar a sus discípulos, que los invita a descansar, y que va al encuentro de los que, conducidos y llevados por el traidor Judas, vienen a prenderlo. Es siempre el hombre puro y que actúa libre y voluntariamente, el que se muestra en el resto de su Pasión. Sin embargo aquí, su Divinidad se manifiesta un momento al hacer retroceder y caer por tierra a los soldados que vienen a prenderle, cuando, después de haberles preguntado: “¿A quién buscáis?”, les responde: “Yo soy”. La fuerza divina de esta palabra los llena de terror y los derriba al suelo, pero los tranquiliza, porque quiere sufrir y morir.

Esta circunstancia solo tiene el sentido de hacernos ver que si hubiera querido, lo habría podido evitar como había hecho otras veces; pero su hora había llegado, no se resiste y se entrega voluntariamente.

No lo seguiremos en todas las otras circunstancias de su Pasión, ni en el suplicio de la crucifixión; los evangelistas lo han dicho todo, es suficiente leerlos para admirar en cada momento su paciencia y su perfecta entrega. La víctima se sacrificó sin reserva; todo el resto de su Pasión no es más que la consecuencia de su sacrificio. Se le ve sobre la Cruz, como en el Jardín de los Olivos, siempre un hombre puro, consolidado hasta el final por su unión con el Verbo, pero siempre dejado a su propia voluntad, para que pueda merecer por ella, hasta la consumación del sacrificio, la glorificación que este sacrificio asegura a su santa humanidad. Él no quiere que nosotros podamos dudar de este abandono, incluso antes de expirar, grita dolorosamente: “Padre mío, Padre mío, ¿por qué me has abandonado?” Sin embargo, como no quiere tampoco que pensemos que sobre la Cruz, como antes, su Divinidad está separada de su humanidad, manifiesta aquí su Divinidad prometiendo para ese mismo día un lugar en el Paraíso al criminal arrepentido que está crucificado a su lado. ¿Quién otro sino Dios podía hacer esta promesa?

La gran obra de la redención del género humano estaba consumada, el hombre-Dios expira sobre la Cruz. En ese mismo instante, la naturaleza entera parece turbarse, los prodigios estallan en todas partes y de una manera tan sorprendente y tan general, que un filósofo pagano que los observa en su región escribe: “El creador de la naturaleza sufre en este momento o el universo entero va a disolverse”.

## **De Pilatos, tipo de cobardía**

Entre las causas secundarias que contribuyeron más o menos a la realización del decreto divino de la redención de los hombres por la muerte de Jesús-Cristo, el principal, es la incuestionable conducta criminal, inicua y escandalizante de Poncio Pilatos, gobernador de Judea por los Romanos, la que merece de nuestra parte la más seria atención, no por las grandes consecuencias que resultaron entonces, ya que en ellas estaban todas las intenciones del Amor infinito para los hombres, sino por causa del ejemplo escandaloso que ha dejado a ese gran número de cristianos débiles e hipócritas, que diariamente, casi por costumbre, como sin remordimiento, se rinden cobardemente y le imitan.

Pilatos, revestido de la autoridad del príncipe que representaba, era el encargado de hacer la justicia que debía a todos, después de haber escuchado las denuncias y las acusaciones que dirigían tumultuosamente contra el hombre-Dios los sacerdotes y los jefes de la nación judía que le pedían su muerte, con un tono de acidez y de importancia que revelaba su verdadero motivo, y que no dejaba dudas de que era solamente por el odio y los celos por lo que solicitaban tan ardientemente su condena; después de haber oído a los testigos sobornados cuyos testimonios se reconocen vagos y demasiado poco importantes, y después de haber preguntado en varias ocasiones al hombre-Dios y haber admirado la sabiduría de su conducta, sus respuestas, su silencio mismo, cuando no cree deber responder a algunas preguntas, lo declara inocente de las acusaciones llevadas contra él; y sin embargo, por una inconsistencia inconcebible, creyendo seguramente calmar por su cobarde complacencia la furia de sus enemigos, lo condena a una ignominiosa flagelación, que era en algunos casos el castigo de los esclavos; pero esta condena que no podía satisfacer a la justicia, puesto que Jesús, que él juzgaba inocente, no era esclavo, y el odio de sus enemigos que exigían su muerte, no fue más que un medio cobarde y violento empleado por un juez inicuo que quería transigir con su conciencia.

Después de esta sangrienta flagelación, Pilatos presenta Jesús a sus enemigos, diciéndoles: *"Ecce homo"*, y cree desarmar su odio por el triste espectáculo que ofrece a sus ojos; pero se equivoca, ya que le piden a grandes gritos su muerte. Pilatos, que desea salvarlo, se acuerda que debe a la nación, en tiempo de Pascua, la entrega de un preso, y propone al pueblo reunido la entrega de Jesús; pero los sacerdotes y los jefes excitan al pueblo a pedir que Barrabás les sea entregado y que Jesús sea crucificado. Ellos amenazan incluso con acudir al César si persiste en rechazar su demanda. Pilatos, es frenado como todos los ambiciosos en casos similares, por las consecuencias de esta amenaza, a sus instancias, aunque se convence de la inocencia de Jesús, y desprecia la advertencia que recibe de su mujer que le invita a no tomar parte alguna en el

asunto de este Jesús perseguido, al revelarle que ha sido atormentada por este asunto en un sueño que tuvo la noche anterior. Se hace traer agua para lavarse las manos declarándose inocente de su muerte, y después de esta ridícula demostración de equidad, lo condena y lo entrega a los Judíos para crucificarle. Sus soldados lo agarran enseguida y lo llevan sobre el Calvario. Allí es crucificado, y algunas horas después, expira sobre la Cruz.

Cristianos equivocados, cobardes esclavos del respeto humano que no tenéis en cuenta vuestros primeros deberes hacia Dios y la religión santa que decís profesar, que le sacrificáis sin cesar por el deseo de agradar al mundo y que seguís las máximas, que enrojecen los preceptos, los consejos, las máximas del Evangelio y descuidáis incluso el conocerlos, estudiarlos, considerándoos más libres en vuestra ignorancia y al rigor y al deber de llevarlos a la práctica: ved en Pilatos el cuadro verdadero de vuestra conducta habitual, de las malas disposiciones de vuestro corazón, y enrojeced vosotros mismos, si no estáis todavía completamente corrompidos.

Defendidos durante el primer tiempo de vuestra vida por los principios de la educación cristiana que habéis recibido, habéis luchado algún tiempo contra el torrente de incredulidad que inunda el mundo, halagados quizás de poder resistir siempre; pero pronto vuestras pasiones se despiertan, la ambición, el amor por una inútil gloria y por los honores momentáneos que ella puede a veces daros, se apoderan de vosotros. La sociedad de los semicientíficos, casi todos infectados del veneno de la incredulidad, pasa a ser por gusto y por elección la vuestra, y su doctrina impía y peligrosa acaba con vuestra derrota. Si vosotros no osáis todavía a renunciar abiertamente a los actos públicos del cristianismo, que se realizan lo más raramente posible y siempre examinando con cuidado qué grado de consideración podéis adquirir o conservar con la compañía más o menos aconsejable a la cual os asociéis para esos actos; ya que no es más a Dios a quien vuestros pensamientos y acciones se refieren, es al mundo únicamente, y vosotros no os comportáis más que mecánicamente y por un resto de costumbre en sus actos religiosos.

Hipócritas, ¿dónde está la promesa que hicisteis a Dios en el bautismo, o que se hizo entonces en vuestro nombre y que ratificasteis vosotros mismos? Vosotros os podéis hacer ilusiones, pero ¿puede equivocarse aquel que es la Luz y la Verdad misma, que investiga los corazones y lee los pensamientos más secretos? Él os pide un culto puro y sincero al cual todos los poderes y las facultades de vuestro ser deben contribuir. Quiere ser adorado en espíritu y en verdad, y vosotros solo respondéis por ridículos remilgos. ¡Ah!, temblad y temed que no realice contra vosotros la amenaza terrible que ha hecho a vuestros semejantes: *“cualquiera, dice, que se declare contra mi delante de los hombres, yo me declararé contra él delante de mi Padre que está en el cielo”*. Rogadle desde lo más profundo de vuestro corazón, para que las reflexiones que se os

presentan aquí germinen en el vuestro, y os hagan tomar firmes resoluciones contra el maldito respeto humano que os perdería infaliblemente.

Firme e invariablemente reconocemos la unión íntima, perfecta y jamás indivisible que se hizo en Jesús-Cristo desde el instante de su concepción en el seno de la Virgen María, de la naturaleza divina increada con la naturaleza humana creada; y si lo que dijimos anteriormente podía dejar la menor duda sobre nuestra firme creencia, sólo sería por expresiones mal elegidas o mal interpretadas que sería necesario rectificar.

Después de haber considerado la excelencia original del hombre primitivo, su alto destino, el gran poder y autoridad con que fue revestido para poder realizar las intenciones del Amor y de la Misericordia divina en favor de los primeros culpables, y habiendo visto a continuación volverse todos estos potentes medios inútiles por su prevaricación, reconocimos la necesidad de la unión de las dos naturalezas en Jesús-Cristo, para hacer infalible el éxito de la reparación universal de la que él se había encargado. Unión necesaria para hacerlo invencible en la consumación del sacrificio que tenía que hacer, sometiéndose voluntariamente a la furia de sus enemigos, a las ofensas, a las humillaciones más repulsivas y a la muerte más ignominiosa, sin debilitar el mérito de la voluntad humana que estaba de acuerdo en sacrificarse. Nosotros hemos reconocido también que las dos naturalezas, aunque siempre unidas en Jesús-Cristo, sin embargo, operan cada una indistintamente, sin confusión y a algunas veces conjuntamente, su acción particular, según los casos y las circunstancias. Por último, reconocimos que aunque las dos naturalezas estuvieran siempre unidas y existentes en Jesús-Cristo sin que él pudiera hacer ninguna separación real, la acción de su Divinidad se muestra tal como suspendida en él, y hasta cierto punto separada, en algunas circunstancias de su vida temporal. Vimos esta suspensión especialmente marcada durante la tentación que sufrió en el desierto, después de un ayuno de 40 días. Nos pareció incluso más sorprendente que esta angustia, esa tristeza mortal que tuvo en el Jardín de los Olivos y en la noche de la Pasión, hasta su muerte sobre la Cruz. Es en esos terribles combates cuando pareció totalmente abandonado a él mismo, a su libre albedrío, a su sola voluntad de hombre, siempre consolidada en él por la presencia del Verbo, que le deja, hasta el final del combate, el mérito de la victoria sobre la muerte, y el triunfo más completo sobre los poderes del infierno desencadenados contra él.

-17-

### **De los sublimes trabajos de amor de Jesús-Cristo**

Pero Jesús-Cristo, habiendo muerto vencedor, recupera inmediatamente los derechos de la unión inalterable de la naturaleza divina y la naturaleza humana glorificada en su persona. Su alma pura y santa unida al Verbo todopoderoso desciende a los infiernos, a esos lugares de horribles privaciones,

-19-

a esos lugares donde la multitud de los hombres precedentes, extraviados por la seducción del Príncipe del mundo que les había hecho realizar crímenes sobre crímenes, gemían bajo la más terrible tiranía. Es a esos infelices oprimidos a los que lleva las primeras ayudas de la redención general del género humano. Va a esos lugares oscuros esclavizados para siempre por el poder del que pretendía ser su igual, y para probarle su inferioridad y su dependencia, les arranca a las víctimas de su maldad contra el hombre y de su furia contra Dios. Devuelve a esas infelices víctimas la libertad de utilizar incluso contra él la voluntad que había encadenado a la nuestra, y de poder recoger incluso el fruto de la redención.

Después de esto, va a purificar los círculos de expiación y purificación, esos lugares donde los hombres menos culpables, que habían conocido y habían adorado a Dios creador de todas las cosas, expiaban penosamente sus extravíos temporales y sufrían el dolor debido a la prevaricación de su padre temporal, y de su descendencia. Él les consuela, les fortifica al mostrarse ante ellos como vencedor de su enemigo, y les muestra el final de sus dolores cuya duración abrevia.

Va finalmente a mostrarse a los patriarcas y a todos los justos que habían esperado sobre la tierra con fe y esperanza el día que vendría a resplandecer ante ellos, ese día feliz que Abraham lleno de fe había visto y había deseado con calor. Les conforta por tan larga espera, y para recompensar su fe, rompe las barreras de esos lugares de cautiverio que llamamos Limbos y les conduce en triunfo, perfectamente reconciliados, a esos lugares de descanso y de beatitud temporal, donde todos felices y reconciliados, esperarán en paz el fin de los tiempos, para ir a continuación benditos del Padre, a gozar eternamente de su santificación, en esta bienaventurada inmensidad donde la sangre de Jesús-Cristo les abrió la entrada.

Es en estos grandes y sublimes trabajos del Amor y de la Misericordia divina en los que Jesús-Cristo, vencedor de la muerte y de Satán, empleó los tres días que estuvo en el sepulcro, esos tres días durante los que permaneció ignorado e invisible a todos los hombres de la tierra.

**-18-**

### **De la resurrección y de los cuerpos gloriosos**

Pero en cuanto el tercer día comienza, resucita gloriosamente de la tumba por su propio poder divino, y comienza a mostrarse a los que había amado lo más tiernamente posible, bajo una nueva forma corporal, en todo semejante a aquella en la que había vivido entre los hombres, pero gloriosa e impasible, de la que se reviste, y que hace también desaparecer a su voluntad. Es con esta misma forma gloriosa que después de haber conversado, caminado, comido incluso con sus discípulos durante cuarenta días, apareciéndoseles

**-20-**

repentinamente y desapareciendo también repentinamente delante de ellos cuando así lo quería, después de haberles recomendado bautizar en su nombre, enseñar a los hombres el misterio inefable de la Divina Trinidad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que hacen un único Dios, que él sube gloriosamente al cielo en su presencia, donde será eternamente el Dios vuelto visible a los ángeles y a los hombres santificados, en esta forma humana glorificada.

Pero ¿cuál es la naturaleza de esta nueva forma corporal, y qué es lo que constituye la diferencia esencial entre ésta y la primera? Preguntamos a esos hombres carnales y materiales que no ven nada más que por los ojos de la materia, y aquellos que son lo bastante infelices como para negar la espiritualidad de su ser, y a los que también, unidos exclusivamente al sentido literal de las tradiciones religiosas, no quieren ver en la forma corporal del hombre primitivo antes de su caída, más que un cuerpo de materia como el del que están actualmente revestidos, reconociendo solamente una materia más purificada. Es Jesús-Cristo mismo el que va a probarles la diferencia esencial de estas dos formas corporales y su destino, revistiéndose de una después de su resurrección, después de haber destruido la otra en la tumba.

Jesús hombre-Dios que quería ser en todo similar al hombre actual, para poder ofrecer en él como un modelo que pueda ser imitar en todo, se sometió a revestirse naciendo de una forma material perfectamente similar a la del hombre castigado y degradado. Él difiere sin embargo en un único punto de la forma material del hombre que al ser concebido para la concupiscencia de la carne es corruptible, en lugar de la forma material de Jesús, que concebido por la única operación del Espíritu santo y sin ninguna participación de los sentidos materiales, es incorruptible. Pero Jesús-Cristo deposita en la tumba los elementos de la materia, y resucita en una forma gloriosa que ya no tiene más la apariencia de la materia, que incluso no conserva los Principios elementales, y que no es más que una envoltura inmaterial del ser esencial que quiere manifestar su acción espiritual y la hace visible a los hombres revestidos de materia. Si se quiere dudar de esta importante verdad, que se reflexione seriamente sobre las asombrosas apariciones en forma humanas del Arcángel Gabriel a María y a Zacarías, padre de Juan el Bautista, sobre las de los ángeles enviados a Abraham para predecirle el nacimiento de Isaac y el castigo de Sodoma, del ángel conductor del joven Tobías, y de un gran número de otras apariciones similares a los espíritus puros, cuya forma corporal se reinstaló en ellos mismos y desapareció tan pronto como se terminaba su misión particular. Todas ellas prueban la misma verdad. Jesús-Cristo resucitado se reviste de esta forma gloriosa cada vez que quiere manifestar su presencia real a sus apóstoles para hacerles conocer que es la misma forma, es decir, de una forma perfectamente similar y con las mismas propiedades de las que estaba revestido el hombre antes de su prevaricación; y para enseñarles a lo que deben aspirar, a ser revestido de nuevo después de su perfecta reconciliación, al final de los tiempos. Es esto en efecto esa resurrección gloriosa de los cuerpos que serán al

mismo tiempo cambiados para los hombres reconciliados, así como lo expresa San Juan, pero que no serán cambiados para los rechazados. Es esta resurrección finalmente gloriosa en la que la consumación real del cuerpo y la sangre de Jesús-Cristo aporta a todos los que participan dignamente, el germen fructificador.

**-19-**

### **Del hombre caído y del sacrificio de su voluntad**

Cualquier hombre, informado de la excelencia original del hombre primitivo, de su elevado y sublime destino en el universo creado, de las grandes virtudes, poder y autoridad de que fue revestido, no puede disimular, viendo al hombre actual despojado de toda su gloria, caído en la desgracia, infeliz y convertido en el esclavo del implacable enemigo sobre el que había establecido como dominador, que está sumido en un estado de severo castigo justamente merecido; que es esta soberbia, de la que recibe diariamente y en todo momento nuevos ataques, lo que le perdió; que es el abuso enorme de su poder, de su voluntad y de todas sus facultades intelectuales lo que le separa de Dios; que vinculado por su elección con el Mal, se volvió incapaz de acercarse por sí mismo al Bien, y que permanecería eternamente separado de su Dios, si el Amor infinito del Creador por su criatura amada no hubiera destruido esta barrera de eterna separación por su encarnación en un cuerpo de hombre, del que quiso revestirse para poder sufrir y morir en ese cuerpo, y expiar así por el culpable todo lo que debía a la Justicia.

Pero para que el hombre pueda recoger individualmente los frutos de la redención del género humano y apropiarse el pleno disfrute de la parte que le está destinada, es necesario que contribuya, con todas las fuerzas que tenga o sea capaz de adquirir; y como es por el abuso de su voluntad que se volvió culpable y mereció su castigo, sólo por el mejor y constante buen uso de su voluntad puede reparar su falta; es necesario que sin cesar, y en todas las ocasiones de alguna importancia, haga y renueve desde el fondo de su corazón el sacrificio de su propia voluntad, de esa voluntad del viejo hombre que le queda para su desdicha; es necesario que adquiera la feliz práctica de hacer una entera abnegación de su voluntad y de la más perfecta resignación a la de Dios, que se hará siempre tan conocida como la resignación más sincera. Sentimos tanto su importancia que la pedimos todos los días a Dios en la oración que Él mismo nos ha enseñado; pero reconozcamos de buena fe que la hacemos a menudo por costumbre y sin mucha reflexión. En este caso, ¿qué puede producir?

El sacrificio de la voluntad propia y la entera abnegación de sí mismo son sin embargo tan necesarios al hombre, que no debe esperar su perfecta rehabilitación mientras este sacrificio no haya sido hecho, completado y acep-

tado por la Justicia. La vida entera le es dada para aprender a hacerlo, pero a menudo y casi siempre llega su término antes de haber comenzado, y permanece compadeciéndose; pero la divina Misericordia siempre activa en su favor, sin oponer sin embargo los derechos de la Justicia, viene en su ayuda.

Le concede una segunda vida que se prolongará según sus necesidades. Ella ha creado para él un lugar de sufrimientos expiatorios, con distintos grados, y de privación purificadora, en el cual podrá realizar su obra y merecer su perfecta reconciliación; ya que es allí donde sufrirá mientras se lo exija la Justicia, pero feliz por una firme esperanza, pagará su deuda hasta el último óbolo.

Cristianos, no os hagáis ilusiones, y cualesquiera que sean vuestras opiniones sobre el estado de las almas justas que dejan este mundo, no olvidéis jamás que nada impuro puede entrar en el Cielo, y que el que se lleva con él la menor mancha no puede habitar con el que es la pureza y la santidad misma. Estad por todo ello llenos de amor y reconocimiento para este Dios bueno que, conociendo vuestra debilidad, estableció para vosotros medios de expiaciones y purificación satisfactorias.

El precepto de una entera sumisión a la voluntad de Dios y de una perfecta renuncia a vosotros mismos es tan absoluto, y su constante ejecución es al mismo tiempo tan difícil, que parece que nuestro divino Señor y único Maestro Jesús-Cristo vino sobre la Tierra para enseñarnos tanto por su ejemplo como por sus instrucciones. Qué mayor ejemplo podía dejarnos que su consentimiento tres veces repetido en el Jardín de los Olivos de morir ignominiosamente sobre una Cruz, a pesar de la repugnancia extrema que su humanidad asustada acababa de manifestar. ¡O hombres, qué lección! Meditad día y noche y no lo perdáis nunca de vista.

El trabajo al cual nos hemos entregado para distinguir la acción particular en algunos casos de las dos naturalezas reunidas en Jesús-Cristo, nos ha conducido a largas y distintas observaciones y explicaciones que dejamos al cuidado de nuestros lectores el apreciar su utilidad.

- 20 -

### **Los misterios de la Cruz**

Pero antes de terminar, parémonos todavía algunos instantes a meditar en el gran misterio de la Cruz, que había sido predestinada a ser el instrumento del suplicio del hombre-Dios y de la gran obra de la reconciliación universal. Esta meditación nos proporcionará una nueva ocasión de admirar el camino y las vías de la Divina providencia que dispone a su voluntad todos los acontecimientos en el orden temporal y político para llegar a su fin.

Todas las grandes naciones se dirigen generalmente, mientras que son libres en sus asuntos particulares por las leyes, normas y usos que adoptaron. La ley de Moisés era incluso, en el tiempo del que hablamos, literalmente observada por los Judíos, y los dirigía en todo lo que concierne a su religión, su culto y su gobierno interior. Desde que habían caído bajo la soberanía de los Romanos, y que Judea no era ya más que una provincia romana, se habían sometido a las leyes romanas. La ley de Moisés condenaba a ser lapidados a los que fuesen culpables de crimen contra la religión. Jesús, acusado de ser igual que Dios ante un tribunal que solo quería ver en él a un hombre ordinario, a pesar de los milagros más sorprendentes, debería haber sido por lo tanto condenado a ser lapidado; y sin embargo, las profecías habían predicho que el Cristo sería muerto por otra clase de suplicio. Él mismo había indicado al que estaba destinado, diciendo después de haberse elevado sobre la tierra a semejanza de la serpiente de bronce bajo Moisés, *"atraerá todo hacia él"*. Por otra parte el Gran Consejo sacerdotal, que era para los Judíos el Tribunal Supremo de la nación, compuesto del Gran Sacerdote y los Jefes de las familias sacerdotales, de los doctores de la ley, los Escribas y Fariseos, habían perdido el derecho de vida y muerte sobre el pueblo; este derecho les estaba atribuido a los Romanos, para los que era habitual el condenar a ser crucificados a los malhechores y los esclavos rebeldes. Fue necesario por lo tanto una gran revolución en el orden político de los acontecimientos temporales para hacer sustituir el suplicio por la crucifixión, que entraba en las intenciones de la Providencia, en lugar de ser lapidado. Es también remarcable que los judíos que tanto habían influido sobre Pilatos para que prendiesen a Jesús, al serles enviado para que fuera juzgado según sus propias leyes, lo rechazaron y pidieron a grandes gritos que fuera crucificado.

- 21 -

### **Del hombre primitivo**

El hombre primitivo, el primer Adán emanado de Dios en toda santidad, emancipado en el espacio universal y revestido de una forma corporal gloriosa e impenetrable, fue colocado en el centro de las cuatro regiones celestiales que han sido denominadas *"paraíso terrenal"*, lugar muy distante de cualquier parte de la Tierra. Habiendo sido establecido hombre-Dios de la Tierra para representar al Creador, este centro cuaternario fue el lugar de su relación con los seres espirituales "buenos", colocados con él en el espacio creado y encargados de mantener el orden en todas sus partes. Él estaba también encargado de dominar sobre los espíritus rebeldes que estaban encargados de molestar en todo y de contener sin cesar su acción perversa. Es desde este centro universal del espacio creado desde el que el hombre empleando su voluntad, pero siempre en conformidad con la voluntad del Creador y con las normas que Él le había prescrito, del Verbo de creación de formas puras y gloriosas semejantes a las suyas, habría llamado cerca de él sucesivamente y hasta el fin de los tiempos concedido por la Justicia y la Misericordia divina, a todos los otros seres de su

clase destinados “a ayudarle” y a contribuir juntos a la realización de esta gran obra. El hombre habría tenido la gloria de cooperar por su voluntad a la emancipación de cada inteligencia humana que Dios se había comprometido con él a enviar a vivir en el templo donde la forma gloriosa de su voluntad le destinaba.

Habiendo recibido, en las primeras operaciones que había hecho en su presencia y por orden del Creador, las pruebas resplandecientes del poder del que había sido revestido y que acababa de manifestar, fue dejado a su libre albedrío para las acciones más importante que le quedaban por hacer.

Deslumbrado de este gran poder, se glorificó, olvidó que todo se lo debía al amor y a la liberalidad de su Creador al que pertenecía, y que él no era más que el depositario para la ejecución de Sus intenciones. Se cegó en este pensamiento orgulloso que fue conocido y atrapado por el jefe demoníaco. Este desorden en su facultad pensante se volvió pronto un sueño peligroso para su inteligencia, que siguió siendo la víctima; su astucioso enemigo exaltó su orgullo, lo sedujo, le hizo olvidar sus juramentos y promesas hacia el Creador, se apoderó de su voluntad, y le arrastró hacia la rebelión.

El hombre se convierte así en culpable, siendo inmediatamente expulsado de ese centro puro y santificado que acababa de manchar. Fue precipitado sobre la Tierra y condenado a arrastrarse sobre su superficie en una forma material e imperfecta como la que él acababa de crear como modelo, y a través del cual sometió por una consecuencia necesaria a toda su posteridad. Asustado del resultado de su inicua operación, reconoció y confesó su crimen. Su arrepentimiento le mereció la promesa de un liberador por cuya mediación obtendría su perdón; es lo que afortunadamente experimentó por la mediación del divino Redentor, y por su sacrificio sobre la Cruz.

- 22 -

### ● De la Cruz, emblema universal

La Cruz es ella misma para la inteligencia, en su conjunto y en sus partes, un gran emblema universal, principalmente en la circunstancia de los que nos ocupamos. Por su parte inferior, que es la más larga, parece fijada en el centro de la Tierra, de esta Tierra manchada de tantas abominaciones que ni las aguas del diluvio pudieron borrar, y que la sangre de una gran y pura víctima solo pudo purificar. De allí, se eleva a una región más alta donde se forma un gran receptáculo formado por sus cuatro ramas que, extendiéndose sin obstáculo, parecen ir a tocar los cuatro puntos cardinales del espacio universal y llevar los frutos de la acción única que se opera en el centro de este receptáculo por el hombre-Dios que muere sobre este centro, para repararlo todo. Lo que nos hace fácilmente concebir los inmensos y extraordinarios resultados que la acción todopoderosa del Verbo de Dios unido a Jesús muriendo sobre la Cruz ha

operado sobre la Naturaleza entera visible e invisible, espiritual y corporal, que era el testigo y el objeto.

Esta Cruz, al dividir figuradamente a través de sus cuatro ramas en cuatro partes el espacio creado, nos recuerda claramente las cuatro regiones celestiales que fueron el primer dominio del hombre en su estado de pureza e inocencia, como su centro sobre el cual el divino Reparador expira, nos recuerda ese centro de las regiones, ese paraíso terrenal que fue el centro de su gloria y de su soberanía, que él manchó por su crimen, y del que fue expulsado vergonzosamente para siempre. Sin embargo, el glorioso destino de este lugar de delicias no se destruyó completamente: la Justicia divina se limitó entonces a establecer una guardia segura “armada de una espada de fuego” para defender la entrada; pero el hombre-Dios, estando plenamente satisfecho por su sumisión y por su muerte a la Justicia divina, es de este centro de dolor y de ignominia desde el que resucita gloriosamente, y triunfando en su humanidad, rehabilita al hombre y a toda su posteridad en el derecho primitivo a poder vivir en el centro de esas regiones celestiales. Lo purifica y lo santifica de nuevo para disponerlo para volver al lugar de descanso y de paz donde las almas justas, después de haber sido purificadas y reconciliadas, irán a esperar al abrigo de la gran luz cuyo pleno disfrute les está garantizado, en el fin de los tiempos, en el instante afortunado en el que las barreras del espacio serán rotas, y ellos irán juntos hacia el divino Redentor a recibir el precio inefable de la redención que será su eterna, absoluta e inalterable beatitud.

¡Qué profundo misterio!, que sublimes verdades recuerdan al cristiano la señal tan respetable de la Cruz, cada vez que, queriendo ponerse en presencia de su Creador e invocar Su adorable Trinidad, la traza sobre sí mismo. En el primer tiempo de esta señal, lo hace con el respeto y la confianza necesaria para poner su corazón y su espíritu en presencia de la Santa Trinidad, apela la omnipotencia del Padre y le solicita sus saludables efectos para él y para todos sobre los que se propone rogar. Por el segundo tiempo, invoca rápidamente al pensamiento del Amor y a la Sabiduría del Hijo e implora su Misericordia. Por el tercer tiempo, pide la luz divina de la que siente necesidad en su camino y los dones espirituales de los que el Espíritu Santo es el dispensador. Finalmente por el Amén que en realidad es el cuarto tiempo, pide conocer la Voluntad divina, ofrece el sacrificio diario de la suya, pide a las tres potencias que no son más que un solo Dios el ser rehabilitado en su poder cuaternario original, y poder recoger todavía algunos frutos. ¿Cómo es que un acto religioso tan expresivo, tan solemne, no es para la mayoría de los cristianos más que un acto irreflexivo de pura forma y costumbre? Y sin embargo, el ingrato osa quejarse de no haber sido atendido; que busque la causa en sí mismo, y que se reforme. Cristianos débiles y vacilantes, medita a menudo en el gran misterio de la Cruz; esta meditación os proporcionará una comida sólida que consolidará vuestra fe, restablecerá vuestro amor y vuestro reconocimiento, y reafirmará vuestras más queridas esperanzas.

